

Conferencia Magistral «Dr. Ignacio Chávez»

RAMON DE LA FUENTE*

Es un honroso encargo el de inaugurar en esta ocasión solemne, la conferencia que nuestra corporación ha instituido en memoria del maestro Ignacio Chávez. La ocasión no podría ser más propicia para evocar su presencia y ponderar su obra.

Comenzaré por decir que Ignacio Chávez hizo su entrada en la escena pública en la tercera década de este siglo, cuando nuestro país pugnaba por definir su identidad y se daban las condiciones para que los mejores espíritus expresaran potencialidades creativas que habían permanecido latentes. Hombres como Antonio Caso, Carlos Chávez, Alfonso Reyes, José Clemente Orozco e Ignacio Chávez escribieron, cada uno en su propio lenguaje, páginas luminosas de nuestra historia cultural contemporánea.

Conocí a Ignacio Chávez cuando su reputación traspone nuestras fronteras y era visto ya por muchos médicos como el maestro por excelencia. Tuve el privilegio de que a lo largo de los años me distinguiera con su amistad, lo que me permitió apreciar de cerca las ricas vetas de su espíritu.

Ignacio Chávez fue un hombre de estatura intelectual y moral fuera de lo común. Su atractivo radicaba, en parte, en la penetración de sus juicios y en su forma lúcida y directa de analizar problemas y proponer soluciones. Era fascinante escucharle cuando desplegaba sus argumentos con un orden estricto y una lógica impecable, envueltos en un lenguaje del que pudo decirse «es tan firme y pulido como el mármol».

Su gran poder de persuasión dimanaba no sólo de la claridad de su pensamiento, sino de ese vigor que ad-

quieran las palabras cuando quien las dice está comprometido con ellas.

No menos atrayente que su inteligencia poderosa era el aspecto sensible de su personalidad; cálido y perseverante en sus afectos, compasivo ante el dolor ajeno, e imperturbable en las situaciones más adversas.

Se ha dicho, y no sin razón, que era un hombre intransigente. Yo diría más, la intransigencia estaba en la raíz de su carácter, en cuanto a que nunca cedió ante quienes simulan ser poseedores de la verdad, ni transigió con esa clase de personas que por negligencia piensan que las cosas están bien como están, ni fue tolerante con quienes sacrifican sus convicciones por el logro de ventajas personales. Su pasión por la justicia le atrajo algunas enemistades. Por lo demás, diría que fue un hombre comprensivo y sumamente generoso.

Ciertamente tuvo mucha autoridad, posiblemente más que ningún otro científico de su generación, pero su autoridad no fue la que se deriva de la cercanía con el poder, tampoco la que se impone, sino la que es conferida por los demás; la que irradia quien conjuga en su persona sabiduría, serenidad en el juicio y fortaleza moral.

Releyendo sus discursos, que son una especie de autobiografía ideológica, se advierte en ellos, una y otra vez, su fe en la eficacia de la razón y su convicción de que la libertad es el valor supremo, si se piensa que la de otros no es menos respetable que la propia.

Uno encuentra que sus palabras de juventud se mantienen vivas y se enriquecen con el paso del tiempo, lo cual habla de alguien que definió tempranamente su vocación, en el sentido de la clase de hombre que quería ser, y se asignó a sí mismo una misión.

Mencionaré algunos puntos relevantes de su obra y de su historia personal. Nació en 1897 en Zirándaro,

Conferencia Magistral «Dr. Ignacio Chávez», presentada en sesión solemne de la Academia Nacional de Medicina, el 6 de febrero de 1991.

* Director General. Instituto Mexicano de Psiquiatría.

Michoacán, hoy Zirándaro de Chávez, Guerrero. Realizó sus estudios iniciales en Morelia y los profesionales en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional.

Es significativo que en 1914 era maestro de historia universal y patria en el colegio de San Nicolás de Hidalgo, y en 1921, a los 23 años, fue nombrado rector de esa institución de abolengo liberal.

En 1924, en el Hospital General de la ciudad de México fundó el primer servicio de cardiología. Con su apoyo, varios colegas y discípulos siguieron sus pasos y así se inició en México la medicina de especialidades.

En 1933, como Director de la Facultad de Medicina, estableció los laboratorios de histología con Tomás G. Perrín y de fisiología con José Joaquín Izquierdo, e implantó también el estudio de la farmacología. Inició el internado y su reforma educativa puso los estudios clínicos muy encima de los estudios descriptivos.

En 1937, nombrado Director del Hospital General, creó la carrera de médico de hospital, estableció la selección de profesores por oposición y fundó el servicio de anatomía patológica.

En 1943, con un grupo de otros catorce notables intelectuales, científicos y artistas fundó El Colegio Nacional. Al maestro Chávez le apasionaba la idea de que la investigación científica, la enseñanza y la práctica de la especialidad a la que dedicó su vida, podían estar en nuestro país a la altura de las mejores del mundo. Pensó que era posible reunir en torno de esta idea a grandes científicos y dotarlos de los medios de trabajo apropiados.

Cabe decir que el desarrollo de la investigación médica en nuestro país hacía necesario crear primero las condiciones que la hicieran posible. Ignacio Chávez creó y mantuvo la atmósfera intelectual y los medios materiales para que un grupo excepcional de investigadores pudieran dedicarse al árduo trabajo de la investigación experimental: Isaac Costero, Arturo Rosenbluth, Rafael Méndez, Demetrio Sodi Pallares, Enrique Cabrera son los nombres de algunos de estos científicos.

Cuando en 1944 abrió sus puertas el primer instituto de cardiología en el mundo, presentó a las naciones una imagen inesperada de México. Conjuntando la asistencia hospitalaria; la enseñanza y la investigación, se había elevado la cardiología a niveles de excelencia. Fue histórico que nuestro país alcanzara el liderazgo mundial en un campo de la medicina y señalara a otros países más avanzados el camino a seguir. Pronto la reputación del Instituto llegó a ser muy grande. A juicio de cardiólogos eminentes, con él se inició una nueva etapa en la historia de la cardiología. Del flamante

instituto dijo Frank N. Wilson, padre de la electrocardiografía, «ningún lugar en el mundo promete tanto como hospital, como sitio de acción pública, como instrumento de educación y como instituto de investigaciones en el campo de las enfermedades del corazón».

La influencia del Instituto de Cardiología y de los otros institutos y hospitales que pronto siguieron el camino trazado por aquél, despejó el camino a la investigación biomédica y clínica en sus ramas fundamentales y fue decisiva para elevar los niveles de la enseñanza y del ejercicio de la medicina en nuestro país.

Al Instituto acudieron entonces jóvenes médicos de todo el mundo. En el transcurso de los años, más de dos mil han recibido en él adiestramiento en las técnicas más avanzadas de la cardiología.

La actividad creativa del doctor Chávez irrumpió en un momento en que la medicina experimentaba una transformación profunda. La acelerada expansión de los conocimientos ocasionó que ya nadie pudiera conocer la totalidad, e hizo inevitable la fragmentación del trabajo médico.

Esta fragmentación, indispensable para el progreso, tenía un lado oscuro que preocupaba al maestro, quien expresó sus reservas; «si por la entera dedicación a una sola disciplina del conocimiento se tiene que abandonar el resto, el hombre se confina así en un punto y sacrifica la visión integral de su ciencia y la visión universal de su mundo. Sufre con ello su cultura y se ve obligado a soltarla como un lastre; sufre después deformación científica porque deja de mirar la ciencia como un todo, para quedarse con una pequeña rama entre las manos; sufre por último su mundo, porque el sacrificio de la cultura constituye un sacrificio de los valores que le vieron fijar las normas de su vida».

Desde 1961, en tiempos difíciles, el doctor Chávez se vio absorbido por tareas universitarias. Rector de la Universidad Nacional, vio reflejados en ella, como en un salón de espejos, los problemas del país y pensó que el destino de México y el de su universidad estaban estrechamente ligados. Planteó con lucidez los problemas de la educación superior y sus opiniones influyeron en forma decisiva en los caminos que después se siguieron para contener con ellos.

Chávez recibió una universidad que en 10 años había aumentado en 100 % su población estudiantil y advirtió que «la plétora que nos ahoga amenaza con transformar la educación individual en una educación de masas; impersonal, tecnificada, antihumana».

En 1966 fue reelecto en el cargo, y en su discurso de toma de posesión, el mes de febrero, definió en térmi-

nos elocuentes la función educadora de la universidad: «Veo la Universidad del mañana, no como una fábrica de profesionales y de técnicos para sostener la maquinaria que fabrica riqueza, no para dar forzosos a la sociedad de consumo. La concibo como gran laboratorio de hombres, con toda la dignidad del término. Capacitados, sí, para el trabajo técnico, pero también para el cultivo del espíritu, imbuidos del respeto a la verdad y a la justicia, noblemente dispuestos a brindar ayuda, hombres en quienes la formación intelectual se equipare con la sólida vertebración moral y la conciencia clara de sus deberes sociales».

Plasmó el papel de la investigación en la educación integral de los universitarios en los siguientes conceptos: «Debemos convencernos de que no hay enseñanza que se renueve sin investigación que la fecunde, que no hay universidad que lo sea si sólo es repetidora de doctrinas ajenas y no creadora de nuevas verdades». Y más adelante «si México ha de contar un día en el mundo del pensamiento, no ha de ser por la ciencia que importe, ni siquiera por la cultura que asimile. Ha de ser por la que produzca, por lo que cree, por el acento original que ponga en el concierto de las ideas».

El 26 de abril de ese año 1966, un día de oprobio, el doctor Chávez, presionado por estudiantes desorientados que exigían violentamente una reforma de la legislación universitaria, renunció a su cargo.

En 1975 inauguró la nueva sede del instituto, que ha conservado la excelencia técnica y el espíritu con que le dotó su fundador y que plasmó en el lema «Amor y ciencia al servicio del corazón».

Durante su larga vida profesional, nunca se escatimó a Ignacio Chávez el reconocimiento a su saber. Recibió muchos honores, no sólo todos los que el país confiere, sino el mayor número de doctorados *Honoris Causa* y presea otorgadas por otros países que jamás haya recibido un científico mexicano. En 1964, Charles de Gaulle se dirigía a él en los siguientes términos: «Mi querido maestro... sois por excelencia famoso entre todos los sabios del mundo».

El 12 de julio de 1979 se extinguió la vida de este hombre singular. La nación llevó luto por él y le hizo los homenajes que reserva para quienes han contribuido a engrandecerla en forma extraordinaria. Murió a los 82 años sin haber sido un viejo. Unos días antes del accidente que precipitó su última enfermedad, conservaba toda su firmeza, toda su capacidad de reflexión y su curiosidad inagotable. Por ello, muchos sentimos que había muerto prematuramente.

La nobleza y generosidad de su espíritu se reflejan

en estas palabras suyas: «A pesar de todo lo que he visto, aún creo en el hombre y en su bondad innata. Pienso que si a veces falla, es por acción del medio que corrompe a los débiles, o por la dura crisis del tiempo que puede aplastar a los más fuertes».

La obra de Ignacio Chávez tiene múltiples facetas: clínico, educador, creador renovador de instituciones, pero ante todo maestro, no sólo por sus aportaciones en el campo de la cardiología, sino por la dimensión humana de su perspectiva. Sus lecciones inolvidables reunieron a su lado a compañeros y discípulos brillantes. Promotor de la ciencia, nunca la evaluó solamente por sus frutos prácticos, es decir, la tecnología, sino también por la luz intelectual que arroja sobre nuestro mundo y nuestra vida.

Para nuestra corporación mantener vigente su pensamiento es tanto más importante cuanto que hoy en día, con una visión pluralista y pragmática, se tiende a ver a las ciencias como conjuntos de teorías y de técnicas experimentales que se contienen y se agotan en sí mismas, y muchos científicos se desentenden de los grandes temas unificadores; de las cuestiones más amplias de la filosofía natural, de donde la ciencia tomó originalmente su impulso.

En el lapso de unos cuantos años, la medicina ha experimentado cambios más extensos y profundos que en cualquier otra época de su historia. Los avances técnicos han aumentado grandemente el poder de los médicos, y hoy nuestras decisiones tienen sobre la vida de las personas consecuencias mayores que en el pasado. Estos avances y las demandas que se generan en el seno de la sociedad, han afectado profundamente nuestra práctica. Se ha dicho, no sin razón, que como consecuencia del énfasis desmesurado en la técnica, se descuidan los valores, y las virtudes que se habían considerado inherentes a la profesión, se desgastan.

Es por ello que los más reputados educadores médicos y filósofos de la medicina revisan críticamente sus valores y sus metas. Algunos han vuelto los ojos hacia el humanismo, el cual más que una doctrina específica es una corriente de pensamiento; una aproximación al hombre que pone el acento en los valores que dimanen de su naturaleza: su igualdad fundamental, su individualidad, su dignidad y el margen de su libertad.

Quienes lo consideran el remedio contra los excesos del tecnicismo, piensan que si los valores que son inherentes a la condición humana fueran mejor comprendidos por nosotros los médicos, adoptaríamos una actitud crítica en el uso de los recursos técnicos y mayor sensibilidad para ver a nuestros enfermos como personas.

Ignacio Chávez fue un humanista en el sentido tradicional como lo fue Sir William Osler, el maestro más influyente en la medicina norteamericana. Ambos encarnaron el modelo del médico en quien se combinan talento clínico, perspectiva científica, percepción profunda del aspecto humano de la medicina y, además, capacidad de alcanzar la excelencia en esas habilidades que tradicionalmente se han identificado con la educación que libera el espíritu: pensar y escribir con claridad, tener sensibilidad moral, ser persuasivo y capaz de incursionar con sensatez en el terreno de las ideas.

Al humanismo se llega por varios caminos, dijo en una ocasión el maestro, pero lo esencial «es el concepto del hombre que se sitúa en el centro del saber y del quehacer médico».

Para terminar diré que nunca en su historia tuvo la medicina, como hoy en día, tanta necesidad de examinar

críticamente sus metas y sus normas para conciliar los avances de la técnica con las necesidades del hombre y de la sociedad.

La Academia Nacional de Medicina tiene el compromiso ineludible de encauzar esa reflexión y esa crítica. Tiene también el compromiso de conservar para las nuevas generaciones de médicos la imagen viva de los hombres que abrieron caminos a la medicina en nuestro país.

Ignacio Chávez fue uno de esos hombres. Puso al servicio de México su gran energía y su enorme talento. En él se dieron en forma insólita la conjunción del ideólogo y el hombre de acción. Mostró con el ejemplo que las acciones individuales adquieren su verdadera dimensión cuando se encauzan al logro de las grandes metas colectivas e inspiró a otros a creer que es posible convertir en realidades los ideales utópicos.

